



MURGER

LA BOHEME

I

PQ2367  
.M94  
B68  
1907  
v. 1



1020026687

LA BOHÈME

Núm. Clas. N 14976  
Núm. Autor. 30583  
Núm. Adg. -8-  
Procedencia \_\_\_\_\_  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó \_\_\_\_\_  
Catalogó 269

## BIBLIOTECA AMBOS MUNDOS

Se han publicado las obras siguientes:

- La Bohème**, por Murger (2 tomos).—2.<sup>a</sup> edición.  
**El Crepúsculo**, por Jorge Ohnet.—2.<sup>a</sup> edición.  
**Indiana**, por Jorge Sand.  
**Yimi Pinson**, por Alfredo de Musset.  
**La Mujer de treinta años**, por H. de Balzac.  
**Los Mineros de Polignies**, por Elias Berthet.  
**Mujeres de Rapiña; La Señorita Cachemira**, por Julio Claretie.  
**El Capitán Richard**, por A. Dumas (padre).  
**Roma bajo Nerón**, por I. J. Kraszewski.—(3.<sup>a</sup> edición).  
**Dosia**, por Enrique Gréville.  
**Renata Mauperin**, por E. y J. de Goncourt.  
**El Último Ateniense**, por Victor Rydberg.  
**El Libro de los Snobs**, por W. M. Thackeray.  
**Las Lágrimas de Juana**, por A. Houssaye.  
**Margot**, por A. de Musset.—(Agotada).  
**Una Entretenida**, por A. Houssaye.  
**Cuentos al oído**, por A. Silvestre.  
**La Modeló**, por E. y J. de Goncourt.—(2 tomos).  
**La Pecadora**, por Arsenio Houssaye.

### EN PREPARACIÓN

- El Cura de Longueval**, por F. Halévy.  
**Colomba**, por Próspero Merimée.  
**Espíritu**, por Teófilo Gautier.

# LA BOHÈME

ESCENAS DE LA VIDA BOHEMIA

POR

**ENRIQUE MÜRGER**

TRADUCCIÓN

DE

**Francisco Casanovas**

ILUSTRADA CON 17 MAGNÍFICAS LÁMINAS EN COLORES  
Y VIÑETAS EN NEGRO

POR

**GASPAR CAMERON**

Tercera edición

TOMO I



BARCELONA

F. GRANADA Y C.<sup>ª</sup>, EDITORES

CALLE DE LA DIPUTACIÓN, 344

1907

30583

843

M

PA2367

M94

B68

1907

v. 1



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Tip. EL ANUARIO DE LA EXPORTACIÓN, Paseo de S. Juan, 54  
(Obra compuesta con máquinas LINOTYPE)

## INDICE

	Págs.
AL LECTOR. . . . .	VII
PREFACIO. . . . .	IX
I.—Como fué instituido el Cenáculo de la Bohemia. . . . .	27
II.—Un enviado de la Providencia. . . . .	71
III.—Los amores en Cuaresma. . . . .	81
IV.—Ali-Rodolfo, ó el turco por fuerza. . . . .	93
V.—El escudo de Carlomagno. . . . .	105
VI.—Musette. . . . .	117
VII.—La corriente del Pactolo. . . . .	127
VIII.—Lo que cuestan cinco francos. . . . .	143
IX.—Las violetas del Polo. . . . .	157
X.—El Cabo de las Tormentas. . . . .	169
XI.—Un café de la Bohemia. . . . .	181
XII.—Una recepción en la Bohemia. . . . .	195

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE MONTERREY, NUEVO LEÓN

## AL LECTOR

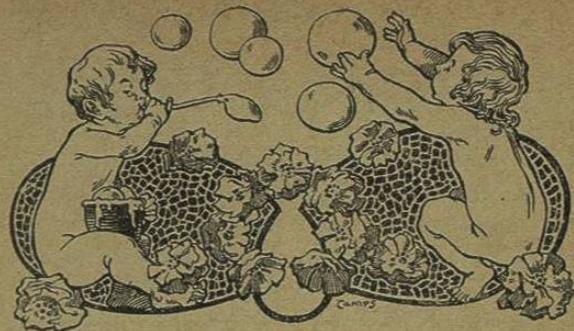
El éxito alcanzado por la ópera LA BOHÈME, éxito que ha repercutido en todas las naciones de ambos mundos, nos ha impelido á dar al público la preciosa novela de Enrique Münger, de la cual extrajeron los principales elementos, los compiladores del libreto italiano, Giacosa é Illica.

Más de medio siglo cuenta la interesante novela que con tanta fidelidad retrata las costumbres de una parte de la sociedad, quizás la más intelectual, en la que, con apariencias de humorismo frívolo y alegre, palpitan las más dramáticas sensaciones de amargura y dolor. Por esto, como todas las obras que contienen un hondo sentimiento de humanidad, su pintura es eterna, como eternas son las pasiones humanas que reproduce; y, semejante á los buenos vinos, cuanto más se amontona sobre ella el polvo de los años, más excelente parece á la opinión de la posteridad.

*Por nuestra parte, no hemos reparado en sacrificios para presentarla con el debido esplendor, ya bajo el punto de vista material y artístico, ya cuidando con fidelidad la traducción que sigue íntegramente el original.*

*Esperamos que el público sabrá apreciar nuestros propósitos, que no son de lucro, dadas las condiciones económicas de la obra, bastándonos, para nuestra satisfacción, el haber contribuido á enaltecer la memoria del gran novelista Enrique Mürger.*

EL EDITOR.



#### PREFACIO

Los bohemios de quienes vamos á tratar en este libro, no tienen punto de contacto con los bohemios que los dramaturgos de arrabal han confundido con los ladrones y asesinos. No se reclutan tampoco entre los domadores de osos, los tragadores de sables, los vendedores de cadenas de seguridad, los maestros fulleros, los agiotistas de la pequeña banca, y otros mil industriales misteriosos y vagos cuya principal industria consiste precisamente en no tener ninguna, hallándose siempre dispuestos á hacerlo todo, menos el bien.

La Bohemia objeto de este libro no es una raza nacida hoy, sino que ha existido en todos tiempos y en todas partes, y puede reivindicar ilustres orígenes. En la antigüedad griega, sin remontarnos más allá en esta genealogía, existió un bohemio célebre que vivía al día, recorriendo las campiñas de la floreciente Jonia, comiendo el pan de la limosna y deteniéndose por la noche para suspender en el hogar de la hospitalidad, la lira armoniosa

que había cantado los *Amores de Elena* y la *Caida de Troya*. Descendiendo la escala de las edades, la Bohemia moderna encuentra antepasados en todas las épocas artísticas y literarias. Durante la edad media continúa la tradición homérica con los músicos y trovadores ambulantes, los hijos de la gaja ciencia, todos los vagabundos melodiosos de las campiñas de la Turena; todas las musas errantes que, llevando á la espalda el zurrón del pordiosero y el harpa del trovador, atravesaban, cantando, las llanuras del hermoso país donde debía florecer la eglantina de Clemencia Isaura.

Durante la época que sirve de transición entre los tiempos caballerescos y la aurora del renacimiento, la Bohemia continúa recorriendo todos los caminos del reino, y empieza á mostrarse ya por las calles de París. Allí aparece maese Pedro Gringoire, el amigo de los pordioseros y el enemigo del ayuno; flaco y hambriento cuanto puede estarlo un hombre cuya existencia se resuelve en una larga cuaresma, cruza las calles de la ciudad, con las narices al aire, semejante á un perro que husmea, oliendo los perfumes de los figones y de las cocinas; sus ojos, ávidamente glotones, hacen adelgazar, con sólo mirarlos, los jamones colgados en los garfios de las choricerías, mientras que en su imaginación, ya que no en sus bolsillos, hace sonar ¡ay! los diez escudos que le han prometido los señores magistrados municipales, en pago de la *muy piadosa y muy devota farsa* que ha compuesto para el teatro de la sala del Palacio de justicia. Al lado de esta silueta doliente y melancólica del enamorado de Esmeralda, las crónicas de la Bohemia pueden evocar á un compañero de un humor menos ascético y de aspecto más regoci-

jado; maese Francisco Villón, el amante de *la hermosa que fué comadre*. Era el poeta vagabundo por excelencia, y en su poesía, pomposamente imaginada, á causa sin duda de ciertos presentimientos que los antiguos atribuían á sus vates, asomaba una constante y singular preocupación, la de la horca, cuya corbata de cáñamo estuvo á punto de ceñir el cuello de Villón, una vez que quiso ver más de cerca de lo que era lícito el color de los escudos del rey. Aquel anciano Villón, que más de una vez hizo echar los bofes á los esbirros lanzados tras de sus trapacerías, aquel huésped bullanguero de las zahurdas de la calle de Pedro Lescot, aquel parásito de la corte del duque de Egipto, aquel Salvador Rosa de la poesía, rimó elegías cuyo hondo sentimiento y acento sincero, conmueven á los más empedernidos y hacen olvidar al malandrín, al vagabundo y al licenciado, ante aquella musa que vierte el raudal de sus propias lágrimas.

Por lo demás, entre los escritores poco conocidos cuyas obras han sido estudiadas por los que creen que la literatura francesa no empieza sólo desde el día en que «vino Malherbe», Francisco Villón ha tenido el honor de ser uno de los más desbalijados, hasta por las eminencias del Parnaso moderno. ¡Cuántos y cuántos han caído sobre el campo del pobre y han acuñado moneda de gloria con su humilde tesoro! Más de una balada escrita en el guardacantón de la esquina, debajo del alero, en una fría mañana de invierno, por el rapsoda bohemio; más de cuatro estrofas amorosas improvisadas en el tugurio en donde *la hermosa que fué comadre* desabrochaba su dorado ceñidor ante cualquiera que la solicitara, aparecen hoy, meta-

morfoseadas en galanterías de salón, oliendo á almizcle y ámbar, en el álbum blasonado de alguna aristocrática Cloris.

Pero he aquí que llega el gran siglo del renacimiento. Miguel Angel sube los andamios de la Sixtina y mira con inquietud al joven Rafael que asciende la escalera del Vaticano, con los cartones de las Logias bajo el brazo. Benvenuto medita su *Perseo*, Ghiberti cincela las puertas del Baptisterio al mismo tiempo que Donatello engasta sus mármoles en los puentes del Arno; y entre tanto que la ciudad de los Médicis lucha en obras maestras con la ciudad de León X y de Julio II, Ticiano y Veronés ilustran la ciudad de los Dux; San Marcos lucha con San Pedro.

Aquella fiebre de genio, que acaba de estallar de pronto en la península italiana con una violencia epidémica, extiende su glorioso contagio por toda Europa. El arte, rival de Dios, marcha al par de los reyes. Carlos V se baja á recoger el pincel de Ticiano, y Francisco I hace antesala en la imprenta donde Esteban Dolet corrige tal vez las pruebas de *Pantagruel*.

En medio de esa resurrección de la inteligencia, la Bohemia continúa buscando, como hizo anteriormente, su alimento y su madriguera, según la expresión de Balzac. Clemente Marot, que llega á ser familiar en las antesalas del Louvre, alcanza, aun antes de que llegue á ser la favorita de un rey, los favores de aquella hermosa Diana cuya sonrisa iluminó tres reinados. Del gabinete de Diana de Poitiers, la Musa inconstante del poeta pasa al de Margarita de Valois, peligroso favor que Marot pagó con la prisión. Casi en la misma época, otro bohemio, cuya infancia

había sido acariciada por los besos de una Musa épica, en las playas de Sorrento, el Tasso, entraba en la corte del duque de Ferrara como Marot en la de Francisco I; pero menos afortunado que el amante de Diana y de Margarita, el autor de la *Jerusalén* pagaba con la pérdida de su razón y de su genio, la audacia de amar á una hija de la casa de Este.

Las guerras religiosas y las tempestades políticas que señalaron en Francia la llegada de los Médicis, no detuvieron un punto el vuelo del arte. En el momento en que una bala hería, en el andamio de los *Inocentes* (1), á Juan Goujon, que acababa de encontrar el cincel pagano de Fidias, Ronsard encontraba á su vez la lira de Píndaro, y fundaba, ayudado por su pléyade, la grande escuela lírica francesa. A esta escuela de la *primavera*, sucedió la reacción de Malherbe y de los suyos, que desterraron de la lengua todas las gracias exóticas que sus predecesores trataron de nacionalizar en el Parnaso. Un bohemio, Maturino Regnier, fué el que defendió uno de los últimos baluartes de la poesía lírica, atacada por la falange de los retóricos y dramáticos que declaraban bárbaro á Rabelais y obscuro á Montaigne. El mismo cínico Maturino Regnier fué quien, añadiendo nuevos nudos al látigo satírico de Horacio, gritaba indignado al ver las costumbres de su época:

El honor es santo viejo  
al que ya no se venera.

(1) Se ha comprobado que Juan Goujon había muerto en Italia mucho antes que ocurriera la matanza de San Bartolomé, y por consiguiente no pudo ser muerto durante la noche fatal del 24 de Agosto de 1572. (Todas las notas de este libro son del traductor).

En el siglo XVII, la lista de la Bohemia contiene algunos de los nombres que figuraron en la literatura de Luis XIII y Luis XIV; cuenta varios miembros entre los ingenios que frecuentan el *hôtel* Rambouillet, donde aquella colabora en la *Guirnalda de Julia*; tiene acceso en el palacio del Cardenal, colaborando con el poeta ministro, que fué el Robespierre de la monarquía, en la tragedia *Mariana*. Cubre de madrigales la calleja de Marión Delorme y corteja á Ninón bajo los árboles de la Plaza Real; almuerza por la mañana en la taberna de los *Glotonos* ó de la *Espada Real*, y cena por la noche en la mesa del duque de Joyeuse; y se bate en duelo bajo los faroles, en pro del soneto de Urania contra el soneto de Job. La Bohemia se dedica al amor, á la guerra y hasta á la diplomacia; y en su vejez, cansada de aventuras, pone en verso el Antiguo y Nuevo Testamento, escribe al margen de todas las hojas de beneficios, y, bien nutrida por pingües prebendas, se sienta en una silla episcopal ó en un sillón de la Academia, fundada por uno de los suyos.

Durante la transición entre los siglos décimosexto y décimootavo, fué cuando aparecieron aquellos dos grandes genios que oponen entre sí las naciones donde vivieron en sus luchas de rivalidad literaria, Molière y Shakespeare: esos ilustres bohemios cuyo destino ofrece tantas semejanzas.

Los nombres más célebres de la literatura del siglo XVIII se encuentran también en los archivos de la Bohemia, que puede citar, entre los más gloriosos de aquella época, á Juan Jacobo y á d' Alembert, el expósito del atrio de Nuestra Señora, y, entre los más oscuros, Malfilâtre y Gilbert; dos

reputaciones inmerecidas: pues la inspiración del uno no era más que el pálido reflejo del pálido lirismo de Juan Bautista Rousseau, y la inspiración del otro, la mezcla de una impotencia orgullosa unida á un odio que no tenía siquiera la excusa de la iniciativa y de la sinceridad, puesto que sólo era el instrumento pagado de los rencores y las cóleras de un partido.

Con esta época cerramos este rápido resumen de la Bohemia en sus diferentes edades; prolegómenos sembrados de nombres ilustres que hemos colocado con toda intención á la cabecera de este libro, para poner en guardia al lector contra toda falsa aplicación que podría hacer preventivamente al fijarse en el nombre de bohemios, atribuído por tanto tiempo á ciertas clases, con las cuales tienen el honor de diferenciarse aquellas cuyas costumbres y lenguaje hemos tratado de describir.

Hoy, como en otro tiempo, todo aquel que desee cultivar las artes sin otro medio de existencia que el arte mismo, tendrá que pasar imprescindiblemente por los senderos de la Bohemia. La mayor parte de los contemporáneos que ostentan los más hermosos blasones del arte han sido bohemios; y, en su gloria tranquila y próspera, recuerdan con frecuencia, tal vez con amargura, el tiempo en que, mientras subían la verde colina de la juventud, no poseían otra fortuna, bajo el sol de los veinte años, que el valor, que es la virtud de los jóvenes, y la esperanza, que es el millón de los pobres.

Para el lector intranquilo, para el ciudadano tímido, para todos aquellos que no encuentran nunca bastantes puntos sobre la *i* de una definición, repetiremos en forma de axioma:

«La Bohemia es el examen de aptitud de la vida artística; es el prefacio de la Academia, del Hospital ó de la Morgue.»

Añadiremos, por nuestra parte, que la Bohemia sólo existe en París y no puede existir más que en París.

Como todo estado social, la Bohemia admite diferentes gradaciones, diversos géneros que se subdividen por sí mismos y cuya clasificación no será inútil que establezcamos.

Empezaremos por la Bohemia ignorada, la más numerosa. Compónese de la gran familia de los artistas pobres, fatalmente condenados á la ley de lo incógnito, puesto que no saben ó no pueden hallar la más ínfima publicidad para atestiguar su existencia en el arte, y probar con lo que son lo que podrían llegar á ser mañana. Estos forman la raza de los obstinados soñadores, para quienes el arte es más bien una fe que un oficio; hombres entusiastas, convencidos, á quienes basta la vista de una obra maestra para causarles la fiebre, y cuyo leal corazón late con violencia ante todo lo bello, sin averiguar el nombre del maestro y de la escuela. Esta bohemia se recluta entre los jóvenes de quienes se dice que prometen, y entre los que realizan lo prometido, pero que, por negligencia, timidez ó ignorancia de la vida práctica, se imaginan que lo han dicho todo cuando han terminado la obra, y esperan que la admiración pública y la fortuna entre por su casa con escalo y con fractura. Viven, por decirlo así, al margen de la sociedad, en el aislamiento y la inercia. Petrificados en el arte, toman al pie de la letra los símbolos del diframbo académico que forman una aureola alrededor de la frente de los poetas, y per-

suadidos de que irradian luz en la sombra, esperan que vayan á buscarlos. Tiempo atrás conocimos una pequeña escuela compuesta de esos tipos, tan extraños, que hay que esforzarse para creer en su existencia; llamábanse los discípulos *del arte por el arte*. Según esos inocentes, el arte por el arte consistía en divinizarse entre sí, en no ayudar al azar que ni siquiera conocía su casa, y á esperar que los pedestales fueran á colocarse bajo sus plantas.

Como se ve, esto es el estoicismo del ridículo. Pues bien, lo afirmamos una vez más para que se nos crea; existen en el seno de la Bohemia ignorada seres parecidos, cuya miseria excita una piedad simpática, hacia la cual os impele el buen sentido; pues si les hacéis observar tranquilamente que nos hallamos en el siglo XIX, que la moneda de cinco francos es la Emperatriz de la humanidad, y que las botas no caen del cielo charoladas, os vuelven las espaldas y os llaman burgués.

No obstante, son lógicos en su heroísmo insensato; no claman ni se lamentan, y soportan pasivamente el destino obscuro y riguroso que se fabrican ellos mismos. La mayor parte mueren, diezmados por la enfermedad á la que la ciencia no se atreve á dar su verdadero nombre, la miseria. Sin embargo, si lo quisieran, serían muchos los que podrían escapar á ese desenlace fatal, que viene á cerrar su vida á una edad en que la vida suele empezarse. Les bastaría para ello hacer algunas concesiones á las duras leyes de la necesidad, esto es, saber desdoblar la naturaleza, poseer dentro de sí dos seres diferentes; el poeta, soñando siempre en las altas cimas en donde canta el coro de las voces inspiradas; y el hombre, obre-

ro de su vida que sabe amasar su pan cotidiano. Mas este dualismo, que existe casi siempre en las naturalezas bien organizadas y de las que es uno de los caracteres distintivos, no se encuentra en la mayor parte de esos jóvenes á quienes el orgullo, un orgullo bastardo, ha hecho invulnerables á los consejos de la razón. Y mueren jóvenes, dejando alguna vez detrás de sí una obra que el mundo admira más tarde, y que hubiera aplaudido antes si no hubiera permanecido invisible.

Sucede en las luchas del arte algo parecido á las de la guerra; toda la gloria conquistada se concentra en el nombre de los jefes; el ejército se reparte como á recompensa las breves líneas de un orden del día. En cuanto á los soldados muertos en el combate, se les entierra en el sitio donde cayeron, y un solo epitafio es suficiente para veinte mil muertos.

Así también la multitud, que fija constantemente los ojos en el que se eleva, no baja jamás su mirada hacia el mundo subterráneo en donde luchan los oscuros obreros; su existencia acábase desconocida, y sin tener siquiera la satisfacción de sonreír á una obra terminada, dejan esta vida envuelta en un sudario de indiferencia.

En la Bohemia ignorada existe otra fracción; compónese de jóvenes que han sido engañados ó se han engañado á sí mismos. Toman su capricho por vocación, é impelidos por una fatalidad homicida, mueren, víctimas los unos de un acceso perpetuo de orgullo, y los otros idolatrando una quimera.

Permitásenos al llegar aquí, una ligera digresión.

Los caminos del arte, tan llenos de obstáculos y

de peligros, á pesar de los obstáculos y de los peligros, son de día en día más y más frecuentados, y por consiguiente nunca la Bohemia llegó á ser tan numerosa.

Si se investigasen las causas que han podido determinar esa afluencia, podría hallarse tal vez la siguiente:

Muchos jóvenes han tomado en serio las declamaciones hechas á propósito de los artistas y de los poetas desgraciados. Los nombres de Gilbert, de Malfilâtre, de Chatterton, de Moreau, han sido con demasiada frecuencia, demasiado imprudentemente, y sobre todo demasiado inútilmente lanzados á los vientos. Se ha hecho de la tumba de esos infortunados un púlpito, desde el que se predicaba el martirio del arte y de la poesía.

¡Adiós, adiós, suelo infecundo  
helado sol, rudo Calvario!  
Como fantasma solitario  
pasé ignorado por el mundo.

Ese canto desesperado de Victor Escousse, asfixiado por el orgullo que le había inoculado un triunfo ficticio, se convirtió por algún tiempo en la *Marsellesa* de los voluntarios del arte, que acudían á inscribirse en el martirologio de la mediana.

Porque todas esas fúnebres apoteosis, ese *Requiem* lisonjero, que tenía la atracción del abismo para los espíritus débiles y las vanidades ambiciosas, han hecho que muchos, sucumbiendo á aquella atracción, pensaran en que la fatalidad era la mitad del genio; y que otros muchos soñaran en aquella cama de hospital donde murió Gilbert, esperando que llegarían á ser poetas, como él lo fué

un cuarto de hora antes de morir, y creyendo que aquella era una etapa indispensable para alcanzar la gloria.

No serán nunca bastante condenadas esas mentiras inmorales, esas paradojas homicidas, que alejan de su camino, en el que hubieran podido triunfar, á tantos jóvenes, que acaban miserablemente en una carrera en la que estorban á los que por su real vocación tienen derecho á entrar en ella.

Esas predicaciones peligrosas, esas inútiles exaltaciones póstumas, son las que han creado la raza ridícula de los no comprendidos, de los poetas llorones, cuya Musa tiene constantemente los ojos enrojecidos y las greñas despeinadas, y todas las medianías de la impotencia que, reclusos en el registro de lo inédito, llaman madrastra á la Musa y verdugo al arte.

Todos los espíritus verdaderamente poderosos tienen que decir su palabra y la dicen, en efecto, tarde ó temprano. El genio y el talento no son accidentes imprevistos en la humanidad; tienen su razón de ser, y por esto mismo no podrían permanecer siempre en la obscuridad; pues si la multitud no va delante de ellos, ellos saben ir delante de la multitud. El genio es el sol: todo el mundo lo ve. El talento es el diamante que puede permanecer por mucho tiempo perdido entre la sombra, pero que siempre es percibido por alguien. Es un error, pues, el compadecerse de las lamentaciones é insistencias de esa clase de intrusos y de nulidades que penetran en el arte á pesar del arte mismo, y que constituyen en la Bohemia una categoría en la que, la pereza, el desorden y el parasitismo, forman el fondo de sus costumbres.

### AXIOMA

«La Bohemia ignorada no es un camino, es un callejón sin salida.»

Efectivamente, aquella vida es una quisicosa que no conduce á ninguna parte. Es una miseria embrutecida, en medio de la cual, la inteligencia se extingue como una lámpara en un sitio sin aire; donde el corazón se petrifica en una misantropía feroz, y donde las mejores naturalezas se convierten en las peores. Si se tiene la desgracia de permanecer en ella por largo tiempo y de internarse demasiado en esa calle sin salida, no hay medio de arrancarse de ella, ó se sale por entre peligrosas brechas, para caer en una bohemia cercana, cuyas costumbres pertenecen á otra jurisdicción distinta de la fisiología literaria.

Debemos citar, además, una singular variedad de bohemios que podríamos llamar aficionados. No son estos los menos curiosos. La vida de bohemia es para ellos una existencia llena de seducciones: no comer todos los días, acostarse al raso bajo las lágrimas de los días lluviosos y vestirse de verano en el mes de diciembre les parece el paraíso de la felicidad humana, y para introducirse en él dejan, éste, el hogar de la familia, aquél, el estudio que habría de proporcionarle resultados positivos. Vuelven francamente la espalda á un porvenir honroso para correr las aventuras de aquella existencia azarosa. Mas como los más robustos no podrían resistir á un régimen que volvería tísico á Hércules, no tardan en abandonar la partida, y comiendo á dos carrillos la pitanza

paternal, acaban por casarse con su primita y por establecerse de notarios en una ciudad de treinta mil almas; y por la noche, al amor de la lumbre, tienen la satisfacción de relatar *sus miserias de artista*, con el mismo énfasis con que un viajero explicaría la caza del tigre. Otros se obstinan por exceso de amor propio; pero una vez han agotado los recursos del crédito que hallan siempre los hijos de familia, son más desdichados que los mismos bohemios, los cuales no habiendo poseído jamás otros recursos, poseen por lo menos los que les presta su inteligencia. Nosotros conocimos á uno de esos bohemios aficionados, que después de haber permanecido tres años en la Bohemia y de haber reñido con su familia, murió de la noche á la mañana, y fué conducido á la fosa común en el carro de los pobres: ¡poseía diez mil francos de renta!

Es inútil decir que esos bohemios no tienen, bajo ningún aspecto, nada de común con el arte, y que son los más oscuros entre los más desconocidos de la Bohemia ignorada.

Llegamos ahora á la verdadera Bohemia, á la que, en parte, proporciona asunto á este libro. Los que la componen son verdaderamente los llamados del arte, y tienen además la suerte de ser los escogidos. Esta Bohemia está, como las otras, erizada de peligros; dos abismos la limitan por ambos lados: la miseria y la duda. Pero entre esos dos abismos hay por lo menos un camino que conduce á un término que los bohemios pueden alcanzar con la mirada, mientras esperan alcanzarlo con la mano.

Es la Bohemia oficial, llamada así, porque los que de ella forman parte han hecho constar públi-

camente su existencia, señalando su presencia en la vida por otros medios que los que da el registro civil; porque, en fin, para emplear un término de su lenguaje, sus nombres están en el cartel, son conocidos en el mercado literario y artístico, y sus productos, que llevan su marca, tienen curso en él, aunque á decir verdad, á precios moderados.

Para llegar á su objeto, que está perfectamente determinado, todos los caminos son buenos, y los bohemios saben sacar partido hasta de los accidentes del camino. Lluvia ó polvo, sombra ó sol, nada detiene á los animosos aventureros, cuyos vicios están forrados de virtud. Con el espíritu mantenido constantemente despierto por su ambición, que toca paso de ataque y les lanza al asalto del porvenir, luchando sin descanso con la necesidad, su inventiva, que anda siempre con la mecha encendida, hace saltar los obstáculos que estorban su paso. Su existencia diaria es una obra genial, un problema cotidiano que logran resolver siempre con el concurso de audaces matemáticas. Esos tipos se harían prestar dinero por Harpagón, el *Avaro* de Molière, y hubieran hallado trufas en la balsa de la Medusa (1). Cuando conviene saben practicar también la abstinencia con toda la virtud de un anacoreta; pero apenas se les va á las manos la más insignificante fortuna, les veis lanzarse á las más ruinosas fantasías, buscando el amor de las más bellas y las más jóvenes, bebiendo los vinos mejores y más viejos, y no hallando nunca suficientes ventanas por donde

(1) Famoso naufragio que tuvo lugar en la costa occidental del Africa el 2 de Julio de 1816.

tirar su dinero. Luego, cuando el último escudo está muerto y enterrado, vuelven á comer á la mesa redonda del azar, donde su cubierto está puesto siempre, y precedidos por una jauría de astucias, entrando furtivamente en todas las industrias que se relacionan con el arte, van sin descanso á caza de ese animal feroz que se llama moneda de cinco francos.

Los bohemios lo saben todo, y van á todas partes según disponen de botas nuevas ó de botas rotas. Un día se les encuentra apoyados en la chimenea de un salón del gran mundo, y al día siguiente les veis comiendo bajo el cobertizo de una taberna de las afueras. No dan diez pasos en el *boulevard* sin encontrar á un amigo, ni treinta pasos en cualquier parte sin topar con un acreedor.

La Bohemia habla entre sí un lenguaje particular, sacado de las conversaciones de taller, de la jerga de entre bastidores, y de las discusiones de las redacciones de los periódicos. Todos los eclecticismos de estilo se dan cita en ese idioma inaudito, en el que el modo apocalíptico de decir se codea con los más extraños despropósitos, en el que la rusticidad de la sátira popular, se alía con los períodos extravagantes salidos del mismo molde de donde sacaba Cyrano sus fanfarronadas; en el que la paradoja, este niño mimado de la literatura moderna, trata á la razón como tratan á Casandra en las pantomimas; en el que la ironía adquiere la violencia de los ácidos más activos y la puntería de esos tiradores que dan en el blanco con los ojos vendados; jergonza inteligente aunque ininteligible para cuantos no posean la clave, y cuya audacia excede á la de las lenguas más libres, el vocabulario del bohe-

mio es el infierno de la retórica, y el paraíso del neologismo.

Tal es, en resumen, esta vida de bohemio, mal conocida de los puritanos del mundo, desacreditada por los puritanos del arte, insultada por todas las medianías pusilánimes y celosas que no encuentran bastantes clamores, mentiras y calumnias para ahogar las voces y los nombres de los que triunfan, pasando por este vestíbulo de la fama, unciendo la audacia á su talento.

Vida de paciencia y de valor, en la que sólo se puede luchar revestido con una fuerte coraza de indiferencia á prueba de tontos y de envidiosos, en la que ni por un solo momento se debe abandonar, so pena de caer en el camino, el orgullo de sí mismo, que sirve de báculo; vida encantadora y terrible que tiene sus vencedores y sus mártires, y en la que no se debe ingresar sin resignarse de antemano á la implacable ley del *vae victis*.

H. M.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MATEO"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO